RECORDANDO AL CHE

ARNALDO ORFILA REYNAL

No, no es fácil decir, escribir, lo que uno sabe que se tendría que decir. Pero ¿cómo no va a ser difícil alcanzar el sentido profundo de esa vida y esa muerte, al recordar nuestra falta de lucidez cuando lo vimos por vez primera y hablamos, discutimos con él como si hubiera sido uno de tantos; sin advertir la dimensión de ese ser que estaba ahí, sentado con humildad entre nosotros para compartir un examen intrascendente de la situación política continental? ¿Lo recuerdas, Raúl Roa? Fue una noche de octubre del 55, en aquella oficina insignificante del Paseo de la Reforma de la ciudad de México, cuando nos reunimos unos pocos para comentar acontecimientos menos dramáticos que los actuales. Entró, algo retrasado, y sin presentarse, sin decirnos tan sólo que él no era uno de tantos, que él era el que estaba siendo y el que iba a ser, se acercó a nuestra rueda como con cierta timidez, un poco alejado, tal vez con la intención de no mezclarse en nuestro debate. Pero lo hizo, discrepamos, discutimos, él a veces con maliciosa gracia, con convicción siempre; y pasó la medianoche y nos separamos y lo dejamos ir sin saber que frente a nosotros había estado un ser distinto a todos.

Cinco años después, en mayo de 1960, fui a visitarlo a su despacho de Director del Banco Nacional de Cuba. Podrá resultar un recuerdo frívolo: ¿pero no es verdad que debe guardarse aquella imagen que advertí al abrirme él la puerta y descubrir que un Director de Banco me recibía en traje de fagina de guerrillero y con boina de comandante? No era ese un detalle insignificante, estoy seguro.

Le recordé nuestro encuentro y la discusión de cinco años antes, confesándole que me avergonzaba recordar que él, el joven lampiño que se iniciaba en la vida política, pudiera haber acertado en sus exámenes y sus diagnósticos, cuando yo, desde la altura de mis años, había visto todo tan borroso que ni siquiera había advertido que él llegaría a ser el Che Guevara. Recordó tan precisamente aquel pequeño episodio —que debía haber desaparecido de su memoria cargada de la experiencia dramática de esos gloriosos cinco años— que me contestó riendo con esa alegría infantil que era tan frecuente en él: "No, usted se olvida... esa vez salimos 1 a 1, porque yo también me equivoqué: Ud. afirmaba que aquel futuro presidente argentino traicionaría a nuestro pueblo y yo todavía creía en él..."

Salí de ese encuentro con un extraño sentimiento de asombro, de emoción, de orgulo. Me llevaba conmigo su "Manual" histórico que aquí tengo: "a un difusor de la cultura, de un difusor de la guerrilla", me escribió para comprometerme. ¿Por qué salía orgulloso de ese contacto? ¿Cómo pude sentirme tan cerca de ese hombre —como nos ocurrió en aquella larga tarde inolvidable en que nos reunimos en casa de Roa, con su mujer y las nuestras— cuando en aquella noche primera no supe presentir siquiera al gran revolucionario que ahora estaba realizándose?

Su muerte, tan llena de grandeza y de significado, pareciera habérmelo acercado más, y aquí sólo quiero hacer una confesión: fui toda mi vida un fervoroso creyente en el internacionalismo y jamás me sentí conmovido por sentimientos patrióticos. Ahora, en esta ya tan avanzada etapa de mi vida, la muerte del Che ha hecho renacer en mí un cierto orgullo nacionalista: la Argentina, derrotada desde tantas décadas; aquel país vacío de grandeza, de pronto le ofrece al mundo un ejemplar humano que no es fácil hallar entre los hombres de todas las tierras y de todos los tiempos. Aquella pobre patria nuestra se engrandece ahora, se purifica ahora de sus miserias, de su pequeña y oscura existencia contemporánea. La vida y la muerte del Che entrarán en nuestra historia, le darán una luz nueva y encenderán en ese pueblo alientos y esperanzas que han de salvar nuestro futuro.

Sé que no es esto lo que debías decir, pero sólo he querido estar ahí, en la Casa, en reunión de amigos, para que hablemos sencillamente del Che.

México, octubre de 1967.